



VIA CRUCIS con Meditaciones del Cardenal Eduardo Pironio

(Queremos ver a Jesús, retiro en el Vaticano, 1974)

INTRODUCCIÓN: La hora de Jesús y nuestra hora

*Había algunos griegos entre los que subían a adorar en la fiesta. Estos se dirigieron a Felipe, y le rogaron: “Señor, queremos ver a Jesús”. Felipe fue a decírselo a Andrés; Andrés y Felipe fueron a decírselo a Jesús. Jesús les respondió: “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, en verdad les digo: si el grano de trigo no cae en tierra y muere queda solo; pero si muere da mucho fruto. Ahora mi alma está turbada. ¿Y qué voy a decir? ¿Padre líbrame de esta hora? ¡Si para eso he llegado a esta hora! ¡Padre glorifica tu nombre! (Jn 12, 20- 28). **Palabra de Dios.***

Aquí Jesús nos habla de su hora; en la profundidad de su misterio, comprenderemos las exigencias de la nuestra. ¡Ser fieles a nuestra hora!

PRIMERA ESTACIÓN: Jesús condenado a muerte.

Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu Santa Cruz redimiste al mundo.

«Pilato volvió a dirigirles la palabra con intención de soltar a Jesús. Pero ellos seguían gritando: “¡Crucifícalo, crucifícalo!”.

Palabra de Dios.

“Ha llegado la hora”, ¡La hora de Jesús!, tres veces aparece esta expresión: “La hora”, como anuncio, como miedo, como gozo. Es la hora definitiva de Cristo, la de su misterio pascual. Pero Cristo tiembla cuando llega: es la hora de la cruz y de la muerte, la hora

de la soledad y las tinieblas, la hora de lo humanamente absurdo y del fracaso aparente.

La tentación es fácil: "Padre líbrame de esta hora".

Pero Cristo entiende que no tiene sentido su venida, su encarnación, su ministerio, su palabra, sus milagros, sin "esta" hora.

Gloria.

SEGUNDA ESTACIÓN: Jesús con la cruz auestas

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa Cruz, redimiste al mundo.

"Tres veces pedí al Señor que me librara, pero él me respondió: "Te basta mi gracia, porque mi poder triunfar en la debilidad". Mas bien, me gloriaré de todo corazón en mi debilidad, para que resida en mi el poder de Cristo. Por eso me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte. (2 Cor 12, 8- 10).

Palabra de Dios.

¡Qué extraña manera de ser feliz tiene san Pablo! "Si hay que gloriarse de algo, yo me gloriaré de mi debilidad". "Yo sólo me gloriaré en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo está crucificado para mí, como yo lo estoy para el mundo" (Gal 6,14). ¡Qué difícil resulta gloriarse en la debilidad y la Cruz! ¡Humanamente, la debilidad nos entristece y la cruz nos aplasta! San Pablo experimenta la alegría honda y fecunda del sufrimiento. Y es feliz por dos cosas: porque así completa lo que falta a la pasión de Cristo y porque está sufriendo por la Iglesia.

Padre Nuestro...

TERCERA ESTACIÓN: Jesús cae por primera vez.

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa Cruz, redimiste al mundo.

“Si alguien se imagina ser algo se engaña, porque en realidad no es nada. Que cada uno examine su propia conducta, y así podrá encontrar en si mismo y no en los demás, un motivo de satisfacción. Porque cada uno tiene que llevar su propia carga” (Gal 6, 2-5).

Palabra de Dios.

Toda renovación auténtica en la Iglesia se da por una honda transformación en Cristo. Sobre todo, por los caminos del amor hecho oración, hecho cruz, hecho servicio.

Es inútil que hablemos de “actualización” en la iglesia si el Espíritu no nos lleva a la profundidad de la contemplación, a la serenidad de la cruz y a la alegría del amor fraterno.

Toda renovación en la iglesia supone un esfuerzo –personal y comunitario- para configurarnos progresivamente a Jesucristo. Ser cristiano es expresar a Jesucristo.

Gloria al Padre...

CUARTA ESTACIÓN: Jesús se encuentra con su Madre.

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa Cruz, redimiste al mundo.

Junto a la cruz de Jesús estaban su madre y la hermana de su madre, María la de Cleofás y María Magdalena. Al ver a la madre y cerca de ella al discípulo a quien él amaba, Jesús le dijo: Mujer, aquí tienes a tu hijo”. Luego dijo al discípulo: “Aquí tienes a tu madre”. (Jn 19, 25-27).

Palabra de Dios.

La fidelidad de María está hecha de pobreza, de confianza, de disponibilidad. María es pobre. La misión que se le abre la sobrepasa. Por eso confía; solo el pobre, el que no se siente seguro

ni cómodo, es capaz de confiar. María en su pobreza, ha captado una sola cosa que “para Dios nada hay imposible”.

Entonces es cuando su pobreza se hace disponibilidad y compromiso definitiva e irrevocablemente su sí: “Sí, yo soy la servidora del Señor; que se cumpla en mí lo que has dicho”.

En ella comprometemos nuestra fidelidad: hemos venido al mundo para esta hora. Queremos asumirla con alegría, amarla con intensidad, vivirla cotidianamente en la serena y generosa donación del amor.

Dios te salve María, llena eres de gracia...

QUINTA ESTACIÓN: El cireneo ayuda a Jesús a cargar con su cruz.

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa Cruz, redimiste al mundo.

“Ayúdense mutuamente a llevar las cargas, y así cumplirán la ley de Cristo.” (Gal 6, 2).

Palabra de Dios.

Cristo vive en la debilidad y pobreza de cada hombre que peregrina a nuestro lado.

No podemos quedar tranquilos mientras el mundo muere de hambre o se destruye en la violencia. Tampoco podemos estar tranquilos mientras tantos jóvenes vienen a nosotros pidiendo justicia y libertad, amor y cultura, verdad, oración y contemplación, nos piden, en definitiva, a Dios.

El servicio exige de nosotros vivir en permanente disponibilidad.

¡Qué bueno es poner nuestros dones y carismas al servicio de los hermanos!

¡Qué bueno es ir dando silenciosamente nuestro tiempo, nuestra salud, nuestra vida!

¡Servir! Pero servir al Señor y, por eso mismo, vivir en permanente disponibilidad a nuestros hermanos.

Padre Nuestro...

SEXTA ESTACIÓN: Verónica limpia el rostro de Jesús.

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa cruz, redimiste al mundo.

“Si ustedes me conocen, conocerán también a mi Padre. Ya desde ahora lo conocen y lo han visto”.

Felipe le dijo: Señor muéstranos al Padre y eso nos basta. Jesús le respondió:

Felipe, hace tanto tiempo que estoy con ustedes ¿y todavía no me conocen? El que me ha visto, ha visto al padre”. (Jn 14, 8-9).

Palabra de Dios.

En la iglesia vive Cristo. Pero esto solo lo captamos y gozamos por la fe, Para penetrar en el misterio de la iglesia se necesita ser pobre, tener fe y amar mucho.

De lo contrario nos quedamos siempre afuera.

Nos aproximamos sociológica e históricamente, pero no entramos ni gozamos. Si a veces nos cuesta- a través de mediaciones humanas o históricas: personas, instituciones o estructuras- llegar hasta la persona misma de Jesús que vive en su iglesia, tenemos que preguntarnos si realmente somos pobres, tenemos fe y nos esforzamos por amar.

La iglesia es Cristo prolongado en la historia. No es aún plena y manifiestamente Cristo. Por eso lo frágil y doloroso en la iglesia, pero ya es Cristo entre nosotros “esperanza de la gloria” (Col 1,27).

Gloria al Padre...

SEPTIMA ESTACIÓN: Jesús cae por segunda vez

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa cruz, redimiste al mundo.

“El que quiera seguirme, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga” (Lc 9,23).

Palabra de Dios.

Jesús necesita orar porque sufre: “Si es posible, que pase de mí este cáliz” (Mt 26,39).

El sufrimiento es escuela de oración; más aún, engendra la oración; una oración serena y breve, filial y confiada.

Hay momentos en que no podemos decir ni pensar nada; solo podemos callar, aceptar, entregarnos.

La única oración posible es entonces sufrir en silencio y ofrecernos: “Señor, si tú quieres”, “Padre, que se haga tu voluntad”.

Padre nuestro...

OCTAVA ESTACIÓN: Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa cruz, redimiste al mundo.

“Lo seguían muchos del pueblo y un buen número de mujeres, que se golpeaban el pecho y se lamentaban por él. Pero Jesús, volviéndose hacia ellas, les dijo: «¡Hijas de Jerusalén!, no lloren por mí; lloren más bien por ustedes y por sus hijos. (Lc 23,28).

No lloren por mí, lloren más bien por ustedes mismas y por sus hijos...

Palabra de Dios.

¿Qué impide ahora nuestra alegría? ¿Qué nos impide hoy ser felices?

El no haber hecho de Dios el único centro de nuestras vidas, el no habernos decidido a realizar con fidelidad su plan sobre nosotros, el no habernos aceptado con sencillez en nuestros límites, el no descubrir la fecundidad admirable de la cruz, el no haber sabido gustar a Dios en el silencio de la contemplación, el no haber aprendido a vivir para los demás en permanente actitud de servicio.

Si, en definitiva, nos preguntamos por qué estamos tristes, la respuesta es la siguiente: no creemos que Dios es nuestro Padre y nos ama, no creemos que Jesús vive, nos eligió y nos envía, no creemos que el Señor viene y está cerca, está adentro e inhabita en nosotros.

Dios te salve María...

NOVENA ESTACIÓN: Jesús cae por tercera vez

Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Me alegro por los padecimientos que soporto por ustedes, y completo en mi carne lo que falta a la pasión de Cristo, a favor de su cuerpo que es la iglesia” (Col 1,24).

Palabra de Dios.

Cuando hablamos de “apoyarnos” en el Señor que nos fue dado, estamos indicando “el motivo” de nuestra esperanza: porqué o en quién esperamos.

Podemos esperar porque el Señor “ha plantado su morada en medio de nosotros”.

Para los momentos en que la tentación de la desesperanza se hace más fuerte, nos hace bien repetir con el salmista: “Yo espero en el señor, mi alma espera en su palabra” (Sal 130,5). “Espera en el Señor, ten valor y firme corazón; espera en el Señor” (Sal 27, 1-14).

Habrán momentos duros, en que tendremos que esperar con la esperanza de los hermanos.

Así es siempre el camino de la esperanza: vamos comunitariamente tomados de las dos manos; con una, alguien

más débil se apoya en nuestra fuerza; con la otra, nuestra debilidad se apoya en alguien más fuerte que nosotros.
No hay miedo de quedarnos en la ruta.

Gloria al Padre...

DÉCIMA ESTACIÓN: Jesús es despojado de sus vestiduras.

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa cruz, redimiste al mundo.

“El, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente, al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor” (Fil 2,6-8).

Palabra de Dios.

Es una etapa más en su camino de anonadamiento, Cristo se hace “hombre esclavo”, para hacernos libres (Gal 5,1).

Cristo no ha venido para “ser servido, sino para servir y dar su vida como rescate por muchos” (Mt 20,28).

Es preciso entender bien el servicio de Cristo, para comprender el servicio de la iglesia.

Una iglesia “servidora de la humanidad” es enteramente fiel al plan del Padre, es profundamente contemplativa, realiza su servicio en el ocultamiento, la sencillez, el silencio; procura, sencillamente ser pobre y servir, se siente desprendida y libre, oculta con Cristo en Dios, tendiendo a los bienes celestes y preocupada por la situación actual de los pueblos.

Dios te salve María...

DÉCIMO PRIMERA ESTACIÓN: Jesús es clavado en la cruz

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa cruz, redimiste al mundo.

“El mensaje de la Cruz es una locura para los que se pierden, pero para los que se salvan- para nosotros- es fuerza de Dios” (1 Cor 1, 18).

Palabra de Dios.

¡La Cruz!, es el gran don del Padre.

No podemos esquivarla si queremos escribir un capítulo fecundo en la historia de la salvación. No hay otra forma de llegar a la vida sino pasando por la muerte, de ver la luz sino a través de la experiencia de la cruz, de ser fecundo sino a través del ocultamiento en la tierra para que fructifiquen las espigas.

Es el momento de agradecer a Dios el don de la cruz; por ella glorificamos al Padre, nos configuramos con Cristo, nos hacemos útiles para los hombres.

“Salve oh, Cruz, nuestra única esperanza”.

Padre Nuestro...

DÉCIMO SEGUNDA ESTACIÓN: Jesús muere en la Cruz

Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

“Si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda el solo; pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12,24).

Palabra de Dios.

La hora de Jesús está marcada por la fecundidad gozosa de su muerte pascual; es su modo único de glorificación, pero el camino para la gloria es la Cruz.

En el designio del Padre, la muerte es la semilla de la glorificación. La Pascua arranca de la cruz: es ya el Misterio pascual en toda su fuerza de fecundidad. Esto es válido e imprescindible ahora para nosotros: si quitamos el hombro a la cruz, si rehusamos morir, si protestamos porque nos ocultan y entierran, quedaremos solos. La fecundidad viene infaliblemente cuando el Padre nos muele como los granos de trigo o nos atornilla adorablemente a la Cruz de su Hijo.

Sólo así, por otra parte, seremos incomprensiblemente felices. “No hay más gloria para mí que la cruz de nuestro Señor Jesucristo” (Gál 6, 14).

Gloria al Padre...

DÉCIMO TERCERA ESTACIÓN: Descienden a Jesús de la cruz y lo ponen en brazos de su Madre.

Te adoramos Cristo y te bendecimos porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

“No anden preocupados, no se inquieten” (Mt 6,25-34),

“No teman a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma” (Mt. 10,28).

Palabra de Dios.

La experiencia del miedo, si la vivimos en Dios, nos puede redimir; si la vivimos en nuestra soledad nos angustia y destruye. Si se la asume en pobreza, es saludable: nos abre a la oración y nos hace confiar en aquel para quien nada es imposible; se convierte en serenidad y alegría.

Miramos a María Nuestra Madre. En ella “esperanza nuestra”, aprendemos a ser pobres, a confiar en aquel para quien nada es imposible y a tener experiencia de su amor y su presencia. Eso purifica nuestro miedo y nos abre a la fecundidad de la esperanza.

María, “Madre de la santa esperanza”, nos ayude, nos proteja, nos alegre.

Dios te salve María...

DÉCIMO CUARTA ESTACIÓN: Jesús es sepultado

Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa cruz redimiste al mundo.

Nosotros sabemos, en efecto, que si esta tienda de campaña- nuestra morada terrenal- es destruida, tenemos una casa permanente en el cielo, construida, no por el hombre, sino por Dios”. (2 Cor 5,1).

Palabra de Dios.

Hay momentos en que la muerte, - la de los amigos o la proximidad de la nuestra- puede oscurecer humanamente la alegría. Es entonces cuando la fe nos recuerda las palabras de Jesús: “Salí del Padre y he venido al mundo. Ahora dejo otra vez el mundo y voy al Padre” (Jn 16,28).

El misterio providencial de nuestra vida y de nuestra muerte es ese: salir del Padre por el bautismo, realizar en el tiempo la misión encomendada, volver al Padre por el sereno tránsito de la muerte.

La esperanza nos da la seguridad de que el Señor viene a buscarnos, de que nosotros vamos a su encuentro, de que seremos definitivamente introducidos en la alegría plena e inacabable de Dios: “Entra en el gozo de tu Señor” (Mt 15,21).

Padre Nuestro...

DÉCIMO QUINTA ESTACIÓN: Jesús resucita de entre los muertos.

Te adoramos Cristo y te bendecimos, porque por tu santa Cruz redimiste al mundo.

“Si han resucitado con Cristo, busquen las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Aspiren a las cosas de arriba, no a las de la tierra. Porque han muerto y sus vidas están ocultas con Cristo en Dios” (Col 3,1-4).

Palabra de Dios.

La novedad pascual exige “revestirnos de Cristo” (Gal 3,27), el hombre nuevo, y asimilar sus “sus mismos sentimientos” (Fil 2,2). Cristo es el verdadero “hombre nuevo”, “imagen del Padre” (Col 1,15) y resucitado por la potencia de su Espíritu (Rom 8,11), Cristo nos trae lo definitivamente nuevo: lo interior y lo eterno. Con él se inician “los tiempos nuevos”, que son ya los tiempos definitivos.

Que María Santísima Madre de la Iglesia, nos guarde en su corazón maternal, sencillo y fiel; que nos haga verdaderamente pobres y fraternos, profundamente contemplativos y hombres de oración, testigos de la Pascua y profetas de esperanza, adoradores de la Trinidad y servidores de Dios para los hombres.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.